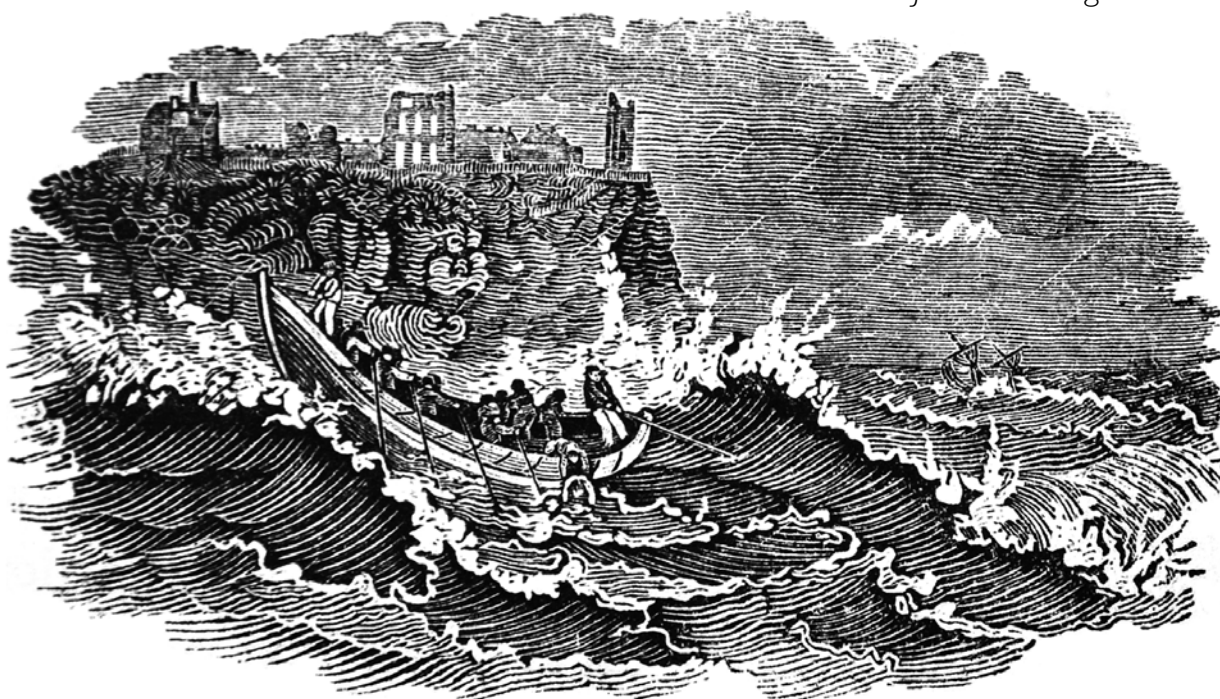


Monosílabo enfocado en el rencor

Tiempos de Furia
de Adán Medellín

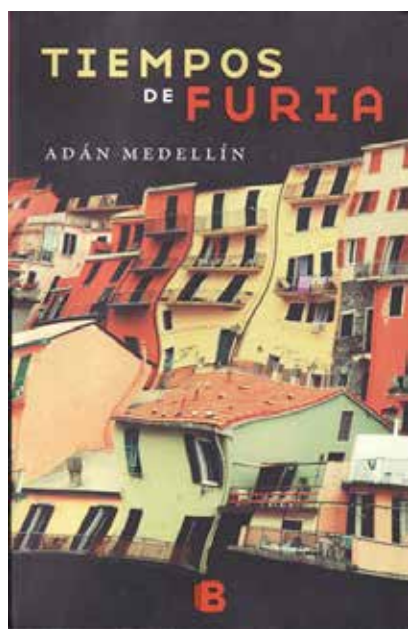
Alejandro Arteaga

Viñeta de Thomas y John Bewick para el libro *Bewick's Fables*, 1820



*Todos los Furia me palpitan, me navegan como un montón
de barcos solitarios incendiándose en la voz*

CUANDO RECUERDO LOS RELATOS INTACHABLES Y LÍRICOS de Adán Medellín (ciudad de México, 1982), aquellos que leíamos en los talleres de narrativa de la Facultad de Filosofía y Letras, hace ya mucho tiempo, pienso: desde entonces era evidente, ya se traslucía el encadenamiento de una obsesión, así como sucede en una de estas historias, “Furia, fantasma”, la del hombre que escribe relatos sobre un hombre que escribe relatos sobre un hombre que no hace casi nada, pues desde cierta perspectiva esa



Adán Medellín
Tiempos de Furia
México, Ediciones B
2013, 157 pp.

visión nos engloba: hombres que escriben sobre otros hombres similares a ellos, hasta la saciedad, adornando su lenta vida idiota como todo el mundo, diría el uruguayo. Siempre será igual, me digo. Esa es la literatura. Y en mis siempre difíciles discusiones literarias con Medellín, en las que siempre lo hallaba pertrechado como buen hijo de su tiempo y donde él anteponía la tradición y yo la duda, hallamos empatía y reconocimiento, compañía e identidad. Recuerdo esos relatos de antaño y su trama y hallo siempre a un hombre en medio de un problema; el problema variaba, claro, pero no el hombre; la trama era otra, por supuesto, fantasiosa o poderosamente real; sin embargo, el hombre era el mismo, oculto bajo distintos apelativos y oficios. Ese hombre que acá junta sus variaciones bajo el apellido Furia, concluyente y condenatorio, allá podía ser un hombre en pos de una mujer imposible o en el trance de un suceso de ciencia ficción literaria donde los versos lo condenaban. Así siempre.

Y no sé si sería preciso hablar del segundo libro de relatos de Adán Medellín, pues siempre me saltan las mismas preguntas al reseñar un texto, preguntas, creo, que más que esclarecer empantanar.

En este caso, al hablar de *Tiempos de Furia*, libro sorprendente por su conformación y apuesta, y sobre todo por las joyas que guarda, es probable que más de uno se dedique a acomodar y descubrir, a tipificar el comportamiento de cada uno de los integrantes de la estirpe maldita de los Furia, a reconstruir la topografía urbana de Tabares o Noreste, las ciudades que habitan y maldicen los más y prefieren los menos, a estudiar a sus mujeres y sus obsesiones, sus infidelidades y sus incestos; a hablar de la cercanía que guarda con el libro del Génesis, a descubrir su innegable deuda —si mi nostálgico entusiasmo no me desborda— con Roberto Arlt y Horacio Quiroga, aunque sin duda aún más con el cochino uruguayo de la violencia a ultranza, el juntacadáveres Juan Carlos Onetti. Y habrá otros, pues siempre los hay, que celebrarán o acaso se rendirán con toda evidencia ante la prosa de Medellín comparándola con una talla en piedra, un mar embravecido, el mismo mar amargo de Noreste. Y no creo equivocarme pues yo también lo he escrito, habrá los que intenten acomodar *Tiempos de Furia* en el casillero que le corresponde en la medianamente abandonada biblioteca de la literatura mexicana, o acaso latinoamericana, en el estante siempre voraz de los libros sobre familias condenadas, los Buendía de García Márquez o los Ventura de Donoso. Así es, parece que la crítica se desempeña con gran orden y cada pluma se reserva una labor en la línea de producción de este vasto universo comercial. Nadie está a salvo. Y habrá algunos más que deseen hallar en los rasgos físicos o lingüísticos de nuestro autor las luces y las sombras de sus influencias directas, pues ya lo decía yo alguna vez, no hay escritor que no guarde en lo más íntimo del subconsciente un modelo al que desea parecerse en todo: su forma de hablar o maldecir, de muequear despectivamente durante las entrevistas con el espejo o la tv e incluso en su propia prosa, porque la literatura que nos apasiona se vuelve, poco a poco y sin advertirlo, en nuestra lengua personal,

la que guardamos para la escritura de nuestros textos más sentidos y carnales, los del regodeo siempre a flor, aquellos donde asomarán de continuo las frases que pudo decir, en circunstancias similares, nuestro escritor de cabecera. Eso también harán. Lo sé.

O confeccionarán, quizá como una lista más, como las hay tantas, a sus personajes mediante la historia que los conduce: el inmigrante estudioso de las rocas. El abuelo demente con calcetines. El marinero escritor de relatos sobre un mismo personaje donde ocurre muy poco. El pintor obsesivo de bancas de tren. El padre ausente y suicida. El devoto asesino de niños. El héroe acomplejado. El vengador incestuoso. El que vuelve al origen del crimen. Y el Furia que escribe las historias.

Ya lo veo venir, eso harán, pero quizá descubran los menos, los iniciados, si leen con cuidado, claro, tres relatos perfectos que valen en el libro y fuera de él, y curiosamente son sucesivos; esos relatos, diríamos, son la cima, el nudo de este texto que puede leerse, también, como novela o quizá no: “La Herencia”—la historia de una venganza familiar planificada minuciosamente—, “El sacrificio de Isaac”—la oración de un hombre convencido de la conveniencia de sus instintos asesinos— y “El complejo del héroe”—el relato perfecto del hombre común que lo echa a perder todo con la intención de componerlo y ganarse el respeto y el agradecimiento de los suyos, quizá el relato más acabado y exacto, el que es tan doméstico pero por lo mismo tan cercano que se vuelve universal, joya literaria que debiera sobrevivir al tiempo—.

Según mi pobre entendimiento, desde los primeros libros de un narrador que se precie debe hallarse un manejo consciente de la trama o un dominio de los elementos básicos de un relato, una capacidad de conducirlo hasta su fin ocultando las trampas y elidiendo lo inservible. De un narrador en sus primeros libros debiera decirse, si el narrador destaca, nos han

acostumbrado las innúmeras reseñas y los libelos, que el autor maneja una historia con brillantez y con solvencia, atrapa hasta su desenlace o sorprende en cada línea. Debiera decirse también, si a uno le gustan las profecías, que un autor ya se perfila para clásico, escribe joyas, o se encamina a una tradición futura por la mejor de las vías. Pero lo que más agrada a la crítica común —y a mí más me desquicia— es decir que un autor es sorprendentemente maduro en sus primeros libros aún sin haber alcanzado, como decía Ricardo Piglia, los cuarenta años, pues me imagino de manera soterrada que la voz abstracta del mercado salvaje habla mediante la pluma de los críticos literarios, gusta de las almas jóvenes a las que intentará exprimir durante mayor tiempo pues también al mercado lo enloquecen las figuras sorprendentes de esos niños que se comportan como adultos a su corta edad. En efecto. Parece que nadie está a salvo de caer en lo que más desprecia y siempre critica, pues veo en *Tiempos de Furia* de Adán Medellín no una realidad palpable, que es sin duda evidente, sino una promesa, la de hallarme ante el principio de un mundo narrativo que, como lectores, si la suerte está de nuestro lado, nos llevará a conocer ámbitos y personajes entrañables pues la ambición secreta de cualquier narrador es crear un mundo aparte, una especie de parque temático particular al que habrá de conducirnos para nuestro placer o nuestro horror.

No sé si al final he escrito del libro de Medellín y no importa. Debiera bastar con decir que lo que se halla en *Tiempos de Furia* es una literatura meditada y de gran trabajo.

Basta con decir que es literatura, sin adjetivos y sin adornos.

Historias que nos perseguirán. O sólo la historia que yo también me cuento y Medellín nos cuenta y así debe ser: sólo un hombre que escribe relatos sobre otros hombres. ▀